

salvación de las almas sea nuestro gran pensamiento y el vivo deseo que anime toda nuestra vida! Así diremos con verdad que queremos arrojar sobre la tierra el fuego del amor divino, y que anhelamos con todo nuestro afecto la salvación de los hombres.

CAPÍTULO XXXIII



CAPÍTULO XXXIII

LA ACCIÓN DE GRACIAS

I

PAGO de estricta y sagrada justicia; desahogo de amorosa gratitud; armonía divina entre la bondad del Creador y el amor de la criatura, é inagotable fuente de gracias y misericordias: tal es la acción de gracias, que nos revela todos sus encantos y bellezas. Contemplémosla desde estos puntos de vista.

Dios ha obrado todas las cosas para su gloria; aun al impío, que reserva para el día tremendo (1); si, pues, nos ha criado; si conserva nuestra vida y nos colma de gracias, por todos sus dones tenemos que glorificarle; ¿de qué manera tenemos que hacerlo? Reconociéndole por primer principio de todo nuestro sér, y confe-

(1) Prov. XVI, 4.

sando que todo lo hemos recibido de Su Majestad, y añadiendo á esto las más sinceras y afectuosas gracias; debemos dárselas con todo el corazón, ya que al poner los ojos en nosotros lo ha hecho por un efecto de su buena voluntad. ¿Quién es el que á Dios le dió primero alguna cosa para que pretenda ser recompensado? Todas las cosas son de Él, y todas son por Él, y todas existen en Él; á Él sea la gloria por siempre jamás. Amén (1). Sí, á Él sea toda gloria y alabanza, y la acción de gracias, dulcísima y humilde, sincera y afectuosa. De esta manera hemos de pagar á Dios Nuestro Señor todo cuanto hemos recibido de Su Majestad; mas ¡ay! que al decirlo quedamos confundidos, avergonzados de nosotros mismos. ¿Qué son ni pueden ser nuestras acciones de gracias presentadas al Eterno como la ofrenda con que pagamos sus riquísimos dones, los innumerables beneficios de que se ha dignado colmarnos? Por esto, tales acciones de gracias han de ser muy humildes; y al aceptarlas Dios Nuestro Señor, nos deja nuevamente obligados para con Él, y nace de aquí la necesidad en que nos vemos de elevar sin descanso hasta su trono nuestras bendiciones y alabanzas. Que nunca cesen nuestros labios de decirle: bendición y caridad, y sabiduría, y acción de gracias, honor, virtud y fortaleza á Nuestro Dios y Señor por todos los siglos.

(1) Rom. XI, 35, 36.

La oración es nuestro gran deber, y su práctica nos es indispensable si queremos salvarnos; mas la acción de gracias pertenece á la oración; es una parte de esta misma, dice el Angélico Doctor, y añade que la razón de impetrar por parte del que pide es la acción de gracias, puesto que al darlas á Dios Nuestro Señor por los beneficios recibidos, merecemos recibir otros mejores (1). Por esto en las Sagradas Escrituras se nos exhorta con tanta frecuencia á ser agradecidos con Dios Nuestro Señor. Recomiendo ante todas las cosas, decía Pablo á Timoteo, que se hagan súplicas, oraciones, rogativas y acciones de gracias por todos los hombres (2). Llenaos del Espíritu Santo, decía el mismo Apóstol á los Efesios, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y canciones espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones, dando siempre gracias por todo á Dios Padre en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo (3).

Es tan imperioso el deber que tenemos de dar gracias continuamente á nuestro buen Dios y Señor por ser quien es y por los beneficios que hemos recibido de Su Majestad, que siendo insuficientes por nosotros mismos para llenar una obligación tan sagrada, tenemos que recurrir á nuestros hermanos para que ellos nos

(1) 2-2, Q. LXXXIII, a. XVII.

(2) Ep. II, 1.

(3) V, 18-20.

ayuden, dando gracias por nosotros, como lo hacía San Pablo, el cual, hablando de los peligros de que Dios le había librado, decía á los Corintios que le ayudasen con sus oraciones, á fin de que muchos dieran gracias á Dios por los beneficios que de Él habían recibido (1).

Si es para nosotros un deber imprescindible glorificar á Dios, cumplimos tal deber con la acción de gracias. Las ofrendas que estamos encargados de recoger, decía también San Pablo, no sólo remedian las necesidades de los Santos, sino que además contribuyen mucho á la gloria del Señor, por la gran multitud de acciones de gracias; porque los Santos, recibiendo estas pruebas de vuestra liberalidad, se mueven á glorificar á Dios por la sumisión que mostrais al Evangelio de Jesucristo y por vuestra caridad (2).

La acción de gracias dilata nuestro corazón y le hace derramar sus más dulces afectos en el seno de Dios. Son innumerables y preciosos los beneficios con que el Señor se ha dignado enriquecernos, y en éstos tenemos que ver, no sólo las misericordias con que se nos favorece, sino además quién es el que lo hace y cuánto es el cariño con que nos prodiga sus divinas gracias; y, finalmente, quiénes somos nosotros que así hemos podido inclinar la benevolencia del Señor:

(1) II Ep. 1, 11.

(2) Id. IX, 12, 13.

¶ Todos los dones con que Dios nos enriquece tienen por objeto atraernos á Su Majestad y llevarnos al cielo; y entrar en el orden que su divina Providencia tiene establecido para hacernos santos: nuestra santificación, el cielo y el poseer á Dios eternamente; todo esto anima y penetra, por decirlo así, los dones y las gracias que recibimos del Señor, y les da un valor inestimable, verdaderamente infinito, atendido el fin á que nos encaminan.

¶ Dios y nosotros. La grandeza y la majestad del Señor son infinitas, y en su presencia todas las criaturas son como si no existiesen; y, sin embargo, se digna colmarnos de sus gracias... y lo hace con un afecto muy grande, con una bondad infinita. ¿Dejaremos de bendecirle un solo instante, y nuestras acciones de gracias no subirán hasta su trono como el perfume de agradable incienso, glorificando su sagrado nombre? La multitud de sus misericordias nos rodea por todas partes, y siéntese oprimida el alma mientras no desahoga la gratitud y la ternura que la inundan, y derrama todos sus afectos de amor dulcísimo y del más humilde reconocimiento, glorificando y dando gracias al Señor por todos los favores que de Él ha recibido; por ser quien es, por su poder inmenso y por su gloria, que nunca ha de acabar. ¡Oh, y con cuánta dulzura pronuncian nuestros labios estas palabras: Te damos gracias, oh Señor Dios omnipotente, á tí que eres, que eras y que has de venir; porque hiciste alarde de tu poderío,

y has entrado en posesión de tu reino! (1).

La acción de gracias es una armonía divina, misteriosa y santa entre la bondad del Creador y el amor de la criatura. Ved á Nuestro Señor amorosísimo abriendo los tesoros de sus gracias para derramarlas en nuestro corazón, y oíd los tiernos cantos de amor y gratitud que ese corazón eleva hasta el Señor reconociendo su bondad inmensa. Dios se inclina y llega hasta nosotros con sus riquísimos dones, y la acción de gracias que por ellos le ofrecemos nos acerca á Él y nos une con Su Majestad mediante los lazos de una tierna gratitud. Nos ilumina con la luz de su gracia é inflama nuestras almas en el fuego de su santa caridad, y nosotros ponemos en Él nuestras miradas, le bendecimos, le adoramos y le damos gracias por sus misericordias infinitas; y si pudiéramos decirlo, las corrientes de la luz y de la gracia que descienden del seno del Señor se encuentran y casi se confunden con las de amor y reconocimiento que parten de nosotros, repitiendo en sus sonoras ondas el nombre del Eterno, su gloria divina y su bondad inmensa.

Al bendecir á Dios Nuestro Señor, al darle gracias por ser quien es y por todo lo que hace por nosotros; las misericordias que se digna dispensarnos aumentan sin cesar el caudal de sus aguas; y cual si pudiera establecerse una competencia amorosísima entre Dios y nos-

(1) Apoc., IX, 17.

otros, Su Majestad aumenta más y más sus favores cuando le ofrecemos sin interrupción y con el más sostenido fervor las gracias que le son debidas. Jamás será vencida la bondad divina; mas antes bien, su infinita largueza brillará sobre nosotros con nuevos esplendores al bendecirle y darle gracias por sus dones. Es este un manantial de dicha incomparable, la verdadera fuente de la vida; gustemos siempre sus aguas de salud eterna; amemos á Dios y seremos amados de Su Majestad; seamos para con Él agradecidos; rindamos gracias continuamente á la gloria de su nombre, y sus misericordias descenderán sobre nosotros con la abundancia de su amor divino, desde ahora y para siempre. Amén.

Es dilatadísimo el campo que se nos presenta para derramar en él nuestros afectos de amor y de ternura, de acción de gracias á nuestro Dios querido; y si toda nuestra vida la pasásemos en bendecirle y alabarle sin la menor interrupción, no llegaremos al término del horizonte que se dilata delante de nosotros sin medida alguna cuanto más avanzamos en el camino que nos proponemos recorrer.

Dios Nuestro Señor; sus divinos atributos; las manifestaciones de su amor divino y sus

incontables misericordias; el brillo purísimo de su justicia, y, en fin, todas las obras de sus manos; cuanto de Él procede y tiene que volver á Él; lo que ha sido, lo que es y tendrá que ser; por todo esto tenemos que elevar hasta el trono del Eterno cánticos de amor y de alabanza y de acción de gracias, á fin de darle honor y gloria hasta donde sea posible á sus miserables y humildísimas criaturas.

Dios en sí mismo y en sus adorables atributos... ¡Oh, qué objeto tan sublime y divino, de santa gratitud para nosotros! La Iglesia, nuestra madre, al pensar en esto y queriendo inspirarnos sus mismos sentimientos, exclama en una jénada de amor y de inefable dicha: Gloria á Dios en lo más elevado de los cielos... Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias por tu inmensa gloria, oh Señor Dios, Rey del cielo, Dios Padre Omnipotente... Oh Señor, Hijo Unigénito Jesucristo... Oh Señor, Espíritu Santo, que estás en la gloria de Dios Padre. La unidad de la esencia divina, la Trinidad de las Personas... ¿Con qué palabras podremos bendecir y glorificar y dar gracias á nuestro amado y dulcísimo Señor, que sean dignas de su infinita majestad, de su altísima y sagrada perfección?

Él es nuestro Dios soberano, eterno, inmutable, omnipotente y sapientísimo; su bondad es infinita y sus misericordias son innumerables; su justicia es la misma rectitud, y su providencia una revelación encantadora del amor que

nos tiene. Al pensar en Él y en sus divinos atributos, ¿dejaremos de bendecirle y alabarle? ¿Ahogará en sí mismo el corazón sus nobles sentimientos, que le están pidiendo acción de gracias, honor y gloria al Sér de los seres, que existe por su propia esencia?

Las obras de la sabiduría infinita y la inmensa bondad del Eterno, piden asimismo nuestras bendiciones y alabanzas. Los cielos publican la gloria del Señor, y el firmamento anuncia las maravillas de sus manos. Cada día transmite al siguiente sus voces de alabanza, y una noche las comunica también á otra (1). Desde la tierra también nosotros tenemos que cantar la gloria con que brillan las obras del Señor, y darle gracias por la magnificencia y hermosura con que se ha dignado criarlas.

El Señor nos ha criado por un efecto de su buena voluntad; debemos bendecirle y darle gracias por este beneficio. Nos crió á su imagen y semejanza para que le sirviésemos aquí en la tierra y gozáramos de su presencia y fuésemos eternamente felices en el cielo.—Si el pecado nos cerró las puertas del cielo, el Hijo Unigénito de Dios se hizo nuestro hermano, y con los méritos de su pasión y muerte restauró las pérdidas ocasionadas por nuestras culpas y nos abrió las puertas del cielo.

Jesucristo se hizo nuestro hermano... ¿Podemos comprender el amor del Padre celestial al

(1) Ps. XVIII, 2, 3.

darnos á su Hijo por hermano, y á fin de que muriese por nosotros? Y el amor del Hijo de Dios, que se hizo hombre por nosotros, ¿por ventura, no excede todo entendimiento? Comprendamos, pues, que no es dable dejar de bendecir con todo el corazón á Dios Nuestro Señor, dejar de darle las gracias por el misterio de que hablamos.

Allí están toda la vida mortal del Hijo de Dios, su pasión y muerte, y su resurrección y su ascensión á los cielos, y el estar á la diestra del Padre, y la misión del Espíritu Santo y cuanto ha hecho y ha de hacer por nosotros; por todo ello le debemos infinitas gracias y las más dulces y amorosas bendiciones, y toda gloria y la adoración más humilde y rendida.

Jesucristo estableció su Iglesia para salvar á los hombres, y se dignó llamarnos á ella. Nos dió los dones preciosos de la fe, de la esperanza y del amor, sacándonos de las tinieblas del pecado y estableciéndonos en el reino de la luz. En este reino, que es su santa Iglesia, nos ha colmado de innumerables gracias y favores; ¿podremos contarlos ó comprender su excelencia?

Pensemos en nosotros mismos: ¿hay en nuestra vida siquiera un momento en que deje de favorecernos el Señor? Y si esto es así, ¿no tendremos que manifestarle sin interrupción el reconocimiento y gratitud de nuestras almas?

Reflexionemos en las misericordias que á cada uno en particular ha dispensado Dios

Nuestro Señor. Le hemos ofendido, y en vez de castigarnos nos ha llamado una y otra vez al arrepentimiento, y nos brinda con su amoroso perdón.—Mil veces hemos resistido á las inspiraciones de su gracia; y esta gracia una y otra vez vuelven á llamarnos con una benignidad incomparable y con una paciencia invencible. Al venir á sus brazos nos recibe lleno de misericordia y de dulzura. Ni una palabra que pueda contristarnos sale de su boca, y quédase viéndonos con una mirada llena de dulzura, é infunde en nuestras almas la paz y el gozo de su Espíritu divino.

Nos ha preservado el Señor de innumerables culpas, y aun en las que hemos tenido la desgracia de incurrir no ha querido dejarnos sin remedio, mas antes bien, con mucha frecuencia hemos escuchado su voz amorosísima que nos llamaba á penitencia.

El Señor ha librado á mi alma de la muerte, podemos decir con David, ha enjugado mis lágrimas y ha retirado mis pies del precipicio (1). ¿No deberemos serle agradecidos por tantos beneficios? Digamos, pues, estas palabras de los Libros Santos: Bendice al Señor, oh alma mía, y todas mis entrañas bendigan su santo nombre; bendicele y guárdate de olvidar ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona todas tus maldades y sana todas tus dolencias; quien rescata de la muerte tu vida y te corona

(1) Ps. CXIV, 8.

de misericordias y de gracias, y colma con sus bienes tus deseos para que se renueve tu juventud como la del águila... Bendecid al Señor todos vosotros, sus hermosos ángeles, que ejecutais sus órdenes y obedecéis la voz de sus mandatos; bendecidle los que formais su celestial milicia; vosotros sus ministros que hacéis su santa voluntad. Todas las criaturas de Dios, en cualquier lugar de su imperio en que os halléis, bendecid al Señor, y tú también, alma mía, bendice al Señor (1).

Que nunca se interrumpán las acciones de gracias que demos á Dios Nuestro Señor, ya que es inagotable el manantial de sus misericordias con que sin cesar nos favorece; por esto decía el Apóstol: Ora comais, ora bebais ó hagais cualquiera otra cosa, hacedlo todo á gloria de Dios (2).

Dícenos La Puente, que la acción de gracias consiste en los actos de agradecimiento por los beneficios que de Dios Nuestro Señor hemos recibido, contándolos todos por menudo y alabándole por cada uno de ellos. No sólo tengo que darle gracias por los beneficios propios, sino también por los que hace á los ángeles del cielo y á todos los hombres de la tierra y á las criaturas insensibles que no saben agradecerlos; y por los que hizo á los mismos demonios, y á los condenados que no quieren serle agrade-

(1) Ps. CII.

(2) 1 Cor. X, 31.

cidos (1). Esas misericordias del Señor, y la infinita bondad de que proceden, y la providencia amorosísima con que se ha dignado dispensarlas, son dignísimas de toda bendición y gloria; ¿dejaría nuestro amor de suplir las tristes deficiencias de que hemos hablado? Si los demás callan, no callemos nosotros; si los réprobos, si los demonios no bendicen á Dios, bendigámosle nosotros, y démosle las gracias que ellos le niegan; y más todavía, sean nuestras bendiciones y alabanzas tan puras y hermosas, y profrámoslas con tanto fervor, que puedan ahogar en su inmensa dulzura las maldiciones y blasfemias que lanzan contra Dios sus enemigos.

Aun prescindiendo de otras consideraciones, lo que acabamos de decir debe empeñarnos en glorificar á Dios cuanto podamos, y darle gracias sin interrupción ninguna. ¡Ay cuántos son los que blasfeman de su santo nombre! Si bajamos al infierno, ¿oiremos otra cosa que horribles maldiciones y blasfemias? Y en el mundo también es blasfemado y maldecido una y otra vez aquel sagrado nombre. ¿Oiremos impasibles semejantes injurias lanzadas contra el Dios que tanto amamos? Si tenemos la desgracia de escucharlas, ¿no gemiremos penetrados de profundo y amarguísimo dolor? Pues nada importa que no las escuchemos, que no por esto dejan de ser injurias á Dios Nuestro Señor.

(1) Introducción á las *Meditaciones*.

Procuremos, pues, bendecirle y amarle sin descanso, y darle gracias por su infinita gloria.

Si el Señor nos castiga por nuestros pecados ó nos corona por su gran misericordia; si nos concede lo que le pedimos ó nos lo niega; si manda sobre nosotros las angustias y tribulaciones, las enfermedades; si nos agobian con su enorme peso todos los males de esta vida, ó si, al contrario, pasan nuestros días alegres y tranquilos, bendigamos siempre á nuestro Dios querido y démosle gracias por las santas disposiciones de su providencia, que todo lo encamina al bien de sus escogidos, y no demos lugar á la tristeza si Dios no escucha nuestras peticiones, recordando estas palabras de San Agustín: El que pide á Dios con fe por las necesidades de esta vida, es oído misericordiosamente, y asimismo misericordiosamente no lo es, porque el médico sabe mejor que el enfermo lo que á éste le es conveniente (1).

Finalmente, bendigamos á Dios y démosle gracias por los beneficios que en adelante nos ha de dispensar. Desde la misma eternidad quiere nuestro bien, y desde entonces ha determinado colmarnos de esos dones que aún no hemos recibido. Esa voluntad amorosísima debe ser glorificada por nosotros y nos obliga á serle agradecidos, aun más que por sus gracias, por sí misma; por ser quien es y por ser principio y razón de todos nuestros bienes.

(1) Sen. Prosp. 212.

Nuestra gratitud se eleva hasta el Señor por causa de sí mismo, por su bondad inmensa... Todo esto tiene que ser para nosotros fuente inagotable de dulzura y manantial de santísimas delicias; olvidando cuanto es posible nuestros propios intereses, sólo pensemos en Dios, en su hermosura y santa gloria y en agradecerle con las acciones de gracias que le tributamos.

¡Qué consuelo para nuestras almas poder decir á nuestro Dios querido: Os bendecimos, os amamos y os damos gracias por Vos mismo, por todas vuestras obras!—¡Oh, Señor Dios omnipotente, Rey de los siglos, inmortal é invisible, á quien corresponden todo honor y gloria! Que nuestra inteligencia se ocupe siempre en vos; que el corazón os ame sin descanso y nuestros labios pronuncien sin cesar vuestras divinas alabanzas: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloria; que todas vuestras criaturas os bendigan y os den gracias desde ahora y para siempre. Amén.

